

Dos Tahrir. Luces en El Cairo, sombras en Bagdad

Andrés Antebi, Alberto López Bargados, Alberto Pérez de la Fuente,
José Sánchez García, Agnès Villamor

GRECS - OVQ

Desde que, a finales del año 2010, se abriese un amplio y hasta el momento inconcluso ciclo de protestas en buena parte del mundo árabe y musulmán, una serie de cuestiones parecen haber presidido los debates académicos y políticos suscitados por la llamada “Primavera árabe”. Al calor de las convulsiones iniciales, en enero de 2011, cuando el estallido tunecino espoleado por el sacrificio de Muhammad Bouazizi contagiaba al gigante egipcio, numerosos comentaristas rescataron el argot épico que califica ciertos procesos políticos como “revolucionarios”¹, desperdiciando con ello la ocasión de situar esos acontecimientos en un marco analítico más amplio que permitiese superar el paradigma de la excepcionalidad que tantas veces ha dominado las representaciones del mundo árabe². Con la perspectiva que aportan los meses transcurridos, los observadores constatamos que el fervor revolucionario de las primeras semanas dio paso, a medida que la oleada de indignación se extendía por la compleja cartografía de Oriente Medio (Libia, Bahrein, Marruecos, Yemen, Siria, etc.), a un abanico de situaciones que iban desde la guerra civil más sangrienta a las simples operaciones de maquillaje reformista, de modo que se desvanecían las esperanzas de hallar una fórmula común que diese cuenta de todos los casos. De la hecatombe que estos días se abate sobre Siria a la “refolución” egipcia³, el acertijo que plantea la Primavera árabe sólo resulta mínimamente descifrable si estamos dispuestos a parcelar las respuestas en función de las trayectorias y contextos particulares de cada uno de los estados que en los últimos meses han experimentado formas notorias de movilización popular. Si sirve de algo la metáfora, la luminosa primavera árabe ha cedido su lugar al largo e incierto invierno de la *realpolitik*.

Como quiera que ese vasto conjunto de procesos políticos, en su mayor parte abiertos, parecieran no obstante encadenarse en una serie consecutiva, en la que la caída de una pieza provocaba el tambaleo de la siguiente, muchos observadores creyeron que la naturaleza transnacional de ese ciclo de protestas era el síntoma inequívoco de una gran revolución desplegada a nivel regional. Y tal revolución demandaba un sujeto que, a la manera del Espíritu, trascendiera los avatares de la acción política local para erigirse en origen y destino del propio proceso revolucionario. Cuando ese ciclo de acciones colectivas se hallaba en sus primeras fases, diversos comentaristas se apresuraron a proclamar que la juventud árabe era ese sujeto revolucionario. En aquel momento, el resplandor de la plaza Tahrir de El Cairo iluminaba toda la escena, y los

¹ Al hilo de ese debate, véase Glucksmann (2011), Khadra (2011) y Garton Ash (2011).

² Eso es lo que pedía Tarrow (2004).

³ El término es de Asef Bayat (2011), fruto de la combinación de “reforma” y revolución.

jóvenes cultos y cosmopolitas de las clases medias y altas urbanas, la influyente élite consumidora de *gadgets* con acceso a Facebook o Twitter, eran representados con tintes heroicos en su lucha por las libertades cívicas y la justicia social. El tiempo se encargó de demostrar que esa apreciación entusiasta era una suerte de espejismo interesado. Como señaló, entre otros, Rabab al-Mahdi, esa verdadera consagración internacional de las juventudes árabes urbanas en demanda de valores democráticos constituía un pliegue perverso del discurso orientalista (Al-Mahdi 2011): si las concentraciones en Tahrir Square contaron, por mediación de las grandes cadenas de comunicación, con las simpatías de las opiniones públicas occidentales, fue precisamente porque la juventud que parecía protagonizarlas era fácilmente homologable a la *nuestra*, y porque sus tácticas informativas parecían santificar la bondad de las redes sociales –creadas por empresas occidentales, conviene no olvidarlo– como un instrumento de defensa civil ante los deslices totalitarios de los estados.

Ahora bien, en los frescos alumbrados en las primeras semanas de movilización, no se percibían apenas rastros de la mayoría social que puebla las sociedades árabes. La *vanguardia* juvenil asentada históricamente en los barrios cairotas irrumpe en la revolución con aquellos grupos que toman la iniciativa desde los barrios informales, lo que negaría la novedad de ese nuevo liderazgo de los sectores más cosmopolitas. Y ese diagnóstico no es nuevo: ya en la Revolución de Urabi, en los levantamientos contra los británicos, en las protestas estudiantiles de finales de la década de 1960 o en las llamadas “Revueltas del Pan” de la década de 1980, la juventud de los barrios periféricos ocupaba igualmente las primeras líneas del frente. El caso es que, gracias en parte a la cuidadosa destilación operada sobre los protagonistas de la revuelta, y como todos recordaremos, Barcelona, Madrid y el resto de ciudades españolas que conocieron movilizaciones populares durante los meses de mayo a junio de 2011 se llenaron de referencias solidarias con la plaza Tahrir, en un gesto de afinidad que, al mismo tiempo, otorgaba una notoriedad insólita a un proceso político que estaba teniendo lugar en el marco rígido y tantas veces pasivizado del Oriente.

Aunque buena parte de esas consideraciones fueran oportunistas, cuando no directamente prematuras, lo cierto es que la particular forma de impregnación que siguió ese ciclo transnacional de movilizaciones demandaba una explicación que huyese de las tentaciones de la inmediatez. De entrada, el hecho de que la indignación popular se filtrase a través de las fronteras estatales no era nuevo. Frente a uno de los relatos que se difundieron a principios de 2011 en torno a las sublevaciones del mundo árabe, el ciclo de protestas inaugurado en Túnez no fue el primero en presentar un carácter transnacional. Bennani-Chraïbi y Fillieule (2004: 80) se remiten a las revueltas del pan, que se prodigaron desde finales de la década de 1970 (Egipto, Túnez, Marruecos, Jordania...) en respuesta a la aplicación de planes de ajuste estructural, pero probablemente las manifestaciones generalizadas que se produjeron a raíz de la Segunda Intifada, a partir del año 2000, constituyan el precedente más explícito⁴. Podríamos incluso, para encontrar precedentes destacados de movilizaciones transnacionales, bien es verdad que saliendo del marco del mundo árabe y musulmán, mencionar la oleada de sublevaciones que alumbraron las revoluciones de 1848, o recordar la serie de rebeliones que, desde los inicios del siglo XIX, dieron al traste con gran parte del imperio español en América Latina. Otras regiones del mundo han experimentado a lo largo de la historia procesos políticos de gran envergadura en los que los principios de imitación han ejercido un papel decisivo, y a no ser que nos dejemos deslumbrar por la

⁴ Sobre las diversas formas de resistencia desplegadas por las poblaciones del mundo árabe y musulmán, y en particular sobre las insurrecciones populares, pueden consultarse, al margen de las referencias citadas en este artículo, los trabajos de Bayat (2009) o Le Saout & Rollinde (1999).

envolvente retórica de la globalización, debemos convenir que la transnacionalidad no es una variable central para un análisis contextualizado de la Primavera árabe. Por otra parte, en el caso que nos ocupa, y por transnacional que haya sido su impacto, la serie coordinada de acciones colectivas no ha desafiado en ningún caso, con la eventual excepción libia, el estatus jurídico y administrativo del trazado de fronteras de los estados árabes. A diferencia de las aspiraciones del panarabismo o del islamismo político, cuyos marcos de referencia (la unidad de los pueblos árabes, la consagración de la *‘umma* islámica como entidad política) excedieron los límites geopolíticos heredados del colonialismo, las protestas de los últimos meses se ciñen al traje impuesto por el estado moderno (Bozzo y Luizard 2011: 12).

Es innegable que los blogueros egipcios rindieron un destacado servicio a los activistas tunecinos cuando les ofrecieron servidores alternativos en los que alojar sus videos de denuncia una vez el gobierno de Ben Ali trató de cerrar las conexiones de internet, y que tal vez por esa razón algunos de los eslóganes que prosperaron en Tahrir y en el resto de movilizaciones del mundo árabe –entre ellos, el ya célebre “El pueblo quiere derrocar al régimen” (“*Ash-Sha’ab yurid isqat an-nizam*”)– provenían de la sublevación tunecina⁵. Las virtudes transnacionales del ciberactivismo cuentan, especialmente en estos días, con una legión de apologetas nada desdeñable. Sin embargo, aunque pueda ser cierto que la “sociedad en red” (Castells 2002) nos exige “repensar la movilización social” (Langman 2005: 45), conviene mantener un prudente escepticismo ante los claroscuros que arroja la llamada democracia participativa, en particular a tenor de los ambiguos efectos que ha provocado en los regímenes árabes. Hace pocos meses, Gabriella Coleman (2010: 489) planteaba convincentemente que la presunción de que las tecnologías digitales se hallan en la base de grandes transformaciones planetarias carece de fundamento⁶. Citando el caso de la reciente “revolución verde” iraní (2009), esta autora recordaba que el activismo digital auspiciado por el propio gobierno de los Estados Unidos a través del software Haystack permitió, gracias a sus disfunciones, que las autoridades iraníes identificasen fácilmente a sus usuarios, estrechando el cerco represivo sobre ellos⁷. Fue esa suerte de transparencia liberadora atribuida a las redes sociales, el tecno-utopismo *naïf* (Giroux 2009) que domina una parte importante de los *think tanks* norteamericanos, lo que a la postre contribuyó a socavar la movilización de una parte significativa de la sociedad iraní.

Las nuevas tecnologías no guardan, por mucho que nos empeñemos en realzar sus bondades, ninguna relación sustantiva con las prácticas emancipatorias. Tanto pueden ser instrumentalizadas para liberar a los seres humanos como para reforzar su sometimiento. Si, a la búsqueda de legitimidad interna y externa, los regímenes árabes se han apoderado en las dos últimas décadas de los discursos civilistas al fomentar una tupida red de asociaciones bajo estricto control estatal, nada impide de hecho que hagan lo propio con las redes sociales o los canales de televisión por satélite. Sin duda, la apropiación autoritaria de las nuevas tecnologías de comunicación ofrece posibilidades perversas de mejora de los mecanismos de represión por la vía de la securitización del espacio público. Ahora bien, incluso en aquellos casos en que la esfera pública virtual ha jugado un papel importante en la coordinación y difusión de las movilizaciones populares, cabe preguntarse si la intervención de las grandes corporaciones de *media* se

⁵ Colla (2012) explica, de hecho, que ese eslogan constituía una interesante variante del primero de los versos de un conocido poema de Abu al-Qasim al-Shabbi, una pieza de 1933 incorporada hace tiempo en el currículo escolar de los niños tunecinos, y que el propio partido de Bourghiba, el Neo-Destour, ya empleó con éxito en las movilizaciones anticoloniales.

⁶ Por su parte, Calfano & Sahliyah (2008) adoptan un punto de partida similar.

⁷ Para un estudio más pormenorizado del caso, ver sobre todo Morozov (2011) y Christensen (2011).

ha guiado por principios éticos de defensa de la libertad de expresión o simplemente por criterios de rentabilidad empresarial. Probablemente, una apuesta ha llevado a la otra: la difusión dramatizada de los discursos emancipatorios y los procesos de emulación que ha desencadenado han generado nuevos y beneficiosos umbrales de mercado, miles de individuos deseosos de consumir todos aquellos *gadgets* que les prometiesen una vía para sumarse a la efervescencia social. En este terreno como en otros, el *pathos* de la revolución se ha convertido también en una brillante estrategia de marketing.

Al-Jazeera, que ha asumido un indiscutible rol difusor en la extensión de los conflictos y asimismo en la diseminación del repertorio de acciones de protesta, no es en modo alguno el cerebro en la sombra que mueve los hilos de una gran conspiración internacional. La aparición de la cadena de televisión qatarí supuso en su momento (1995) la visibilización de un discurso parcialmente alternativo al de los grandes medios occidentales, pero hasta el inicio de la revuelta popular que condujo al reciente derrocamiento de Hosni Mubarak en Egipto, su impacto sobre la estabilidad de los regímenes árabes, atravesados por lo que Marc Lynch (2011: 302-303) ha llamado la “persistencia autoritaria”, había sido menor. No se trata de menospreciar el componente vírico de las dramatizaciones televisivas, sino de restarle virtudes milagrosas a la supuesta transparencia informativa. Al-Jazeera –un medio nacido en el analógico siglo XX, y no en el digital siglo XXI– se ha convertido en un actor decisivo y beligerante en las movilizaciones de estos últimos meses, pero su papel no ha sido el de un árbitro neutral convocado para dar testimonio de los acontecimientos, sino el de un participante enmarañado en las diversas trifulcas que han salpicado el campo de juego. En ocasiones, como es el caso de Egipto –país del que provienen gran número de trabajadores de la cadena qatarí–, ha provocado incluso la introducción de nuevas prácticas subversivas al repertorio canónico de las protestas. El 30 de enero de 2011, cuando el régimen de Mubarak cortó la señal de la cadena qatarí, la propia emisora ofreció de inmediato canales de conexión alternativos, de manera que la localización de esas frecuencias constituyó un interesante caso de insurrección generalizada que trasladó el escenario de la rebelión a los hogares de millones de egipcios (Alterman 2011: 111). A escala doméstica, con esa búsqueda silenciosa a través del mando del televisor, muchos egipcios se sintieron partícipes de un levantamiento popular que vivía su clímax dramático en Midan Tahrir.

En cada uno de los países donde la primavera árabe ha dejado su huella, el escenario de las protestas, el lugar en que se dirime el éxito o fracaso de una movilización, ha sido, como siempre, la calle. Esa “calle árabe” que, como recordaba Asef Bayat, había sido una vez más, tras el 11S, expulsada por numerosos analistas occidentales del ámbito de la racionalidad, en un esfuerzo partisano por comprender la aparente tolerancia que los pueblos de Oriente Medio mostraban ante el autoritarismo de sus respectivos gobiernos. No es la primera ni será la última vez que las movilizaciones populares sean objeto de semejante estigmatización. Entre los argumentos que la administración norteamericana esgrimió para justificar su definitiva empresa de conquista sobre Oriente Medio, se adujo que, si los pueblos árabes eran incapaces de reclamar la libertad por sí mismos, era justo imponerla *manu militari*. Sin embargo, el enigma artificial suscitado por las sociedades civiles del mundo árabe se desvanecía en cuanto se dirigía la atención a la brutal represión ejercida por los gobiernos autoritarios en nombre de la estabilidad y la paz social. La política de la calle árabe, “... el moderno teatro urbano de lo contencioso por excelencia” (Bayat 2003: 11), el espacio en el que se escenifica la disensión social, pareció perder fuelle en la década de 1990 por la acción combinada de la progresiva precarización del mercado laboral y la securitización de los espacios urbanos alentada por la lucha contra el islamismo político. En opinión

de Bayat, la creciente imposibilidad de ocupar la calle obligó a los ciudadanos árabes a un repliegue sobre las tácticas individuales de resistencia, al recurso a las prácticas de disimulo, los sabotajes anónimos, las huelgas no declaradas de brazos caídos. Quizá tuviera razón Bayat (2003: 16) cuando afirmaba que las diversas prácticas de ciberactivismo comenzaron a proliferar en el mundo árabe una vez se decretó la clausura definitiva de la calle como epifanía del conflicto social. El caso es que el abandono de la calle fue, a la vista está, efímero. Desde Nouakchott hasta Teherán, en cuanto los ciudadanos, dotados de nuevos marcos de referencia culturales y confortados por un poderoso principio de emulación transmitido 24 horas al día, han percibido que la estructura de oportunidades para manifestarse se había modificado, han vuelto a agitar las banderas, a corear las consignas, en algunos casos a empuñar las armas.

Como decíamos, las tecnologías de comunicación se han integrado en la política partisana que ha avivado y aviva el conflicto. En algunos casos, como Egipto, la esfera pública virtual se ha visto sobreexpuesta desde que el 25 de enero de 2011, el Día de la Rabia, cientos de miles de egipcios en El Cairo, Suez, Alejandría, etc., plantearon un desafío sostenido y coordinado al régimen de Mubarak. En la preparación de aquella jornada, cerca de 80.000 usuarios de Facebook decidieron sumarse activamente a las movilizaciones, entorpeciendo la labor policial al dispersar los puntos de reunión, ofrecer referencias falsas o cambiar súbitamente el destino de las marchas (International Crisis Group 2011: 3). El éxito de esa jornada es de sobras conocido: por primera vez en mucho tiempo, las concentraciones populares superaron largamente el número de policías destacados para su control, y enardecidos por esa victoria en cierto modo inesperada, las masas de las periferias urbanas, los estudiantes, los colectivos de trabajadores, se sumaron en los días siguientes a la protesta, convirtiendo la Plaza Tahrir en la sede de una suerte de tribunal popular decidido a juzgar los crímenes del régimen a través de la persona de su dictador. Sin embargo, también en esas fechas, la empresa Vodafone, propietaria de la principal red de telefonía móvil de Egipto, prestó un servicio inestimable al régimen al proporcionar detalles identificativos de sus suscriptores y enviar mensajes pro-gubernamentales (Lynch 2011: 306). Contra la idea generalizada de que las nuevas tecnologías son presas inocentes que caen en las trampas que les tendemos los seres humanos, un conjunto complejo de dispositivos neutrales que favorecen la comunicación, sea cual fuere la finalidad que ésta persiga, conviene recordar que esos artefactos, y muchas veces los contenidos que a través de ellos se transmiten, presentan títulos de propiedad, acciones, copyrights y firmas de autor. Y que quienes detentan esas cualidades toman, como todos los demás, decisiones.

La sobreexposición mediática de la “revolución egipcia” fue, en este sentido, paradigmática. En el tramo final de su exitosa cobertura de la sublevación tunecina, cuando descubrió que los acontecimientos que se sucedían en aquel país constituían un magnífico reclamo para las audiencias, Al-Jazeera convino en bautizar aquel conjunto de movilizaciones como una “revolución”. De ese modo, cuando cerca de quince días más tarde estalló la insurrección egipcia, la maquinaria estaba perfectamente engrasada, y los responsables de la cadena sólo tardaron tres días, en concreto el Viernes de la Ira (28 de enero) en reconocer el sesgo “revolucionario” de las concentraciones de El Cairo y restantes ciudades del país (Alterman 2011: 110). El léxico revolucionario se imponía, y su halo brillante arrojaba a la zona de sombras la miríada de acciones colectivas que daban verdadero sentido a la insurrección popular.

La fase de contestación en la calle iniciada a finales de enero dispondrá, desde ese momento, de su liturgia revolucionaria, con sus fechas relevantes y una cronología precisa en la que se suceden los acontecimientos claves que, como los compases de una partitura, ayudan a los cronistas a volver legible el ciclo de protestas. Toda revolución

tiene su leyenda, salpicada de gestos heroicos e instantes trágicos. El 25 de enero se desatan las hostilidades, que adquieren rango de amenaza real al régimen tres días más tarde, el Viernes de la Ira. El 29 de enero, Mubarak acomete el primero de sus actos fallidos, con un discurso televisado en el que anuncia un conjunto de reformas que no convencen a nadie. El 1 de febrero, Tahrir Square concentra la Marcha del Millón de Hombres, mientras al día siguiente la célebre plaza asiste al asalto de los *baltagiyya*, de los cuadros de matones al servicio del régimen, irrupción que desemboca en una auténtica batalla campal. El 6 de febrero, el régimen intenta infructuosamente alcanzar una solución de compromiso con las fuerzas de la oposición mientras la plaza persiste con tenacidad en su desafío. Las deserciones en la élite que apoya al régimen aumentan al tiempo que las concentraciones conocen adhesiones masivas, a la espera del desenlace final, que finalmente sucede el 11 de febrero, en medio del júbilo incontenible de la “gente de Tahrir”. En un contexto de éxtasis revolucionario, tiene lugar un clímax mediático retransmitido por las principales cadenas de información del planeta, que prestan una cobertura especial a esas jornadas.

Esa sobreexposición, el foco internacional situado sobre el drama de Tahrir, prolongado agónicamente hasta el apoteosis, alcanzado el 11 de febrero cuando el vicepresidente Omar Suleiman anuncia la deposición de Hosni Mubarak, contrasta con el largo período de gestación de ese nuevo ciclo de contestación social, del que disponemos de escasos testimonios audiovisuales. La feroz represión desatada por el régimen autoritario; las huelgas masivas en sectores estratégicos de la economía egipcia, como las ocurridas en Mahalla al-Kubra a lo largo de 2008; la aparición del movimiento Kifaya, que reunía por vez primera en un mismo frente de oposición a sectores de la izquierda laica y de los islamistas moderados; el grupo “Todos Somos Khaled Sa’id”, organizado tras el asesinato, el 6 de junio de 2010, de un joven alejandrino a manos de la policía... En la representación orquestada por los grandes medios, la revolución egipcia parece brotar, una vez más, como una excrecencia espontánea de las masas enfebrecidas, como el inesperado bramido de un enorme animal que se creía dormido. El estallido de indignación no parece tener orígenes, ni tampoco parece haberse estado incubando durante años de luchas clandestinas. Como en ocasiones anteriores, la “calle árabe” se retrata prisionera de designios indescifrables, y sólo se proponen vagas alusiones a la necesidad de libertades democráticas y a la encrucijada en que se encuentran las generaciones más jóvenes de los países árabes. Gran parte de medios se complacen en representar la sorprendente determinación de sus protagonistas, los *tweets* más pinchados o la presencia de rostros conocidos entre los manifestantes. Proliferan las emotivas bandas sonoras de la insurrección civil.

Pocas semanas más tarde, otra gran metrópoli árabe, Bagdad, se incorporará al ciclo transnacional de protestas. El escenario elegido por sus habitantes para manifestar sus demandas será también una plaza, también llamada Tahrir, también situada al este y a escasos metros de una gran arteria fluvial (el Nilo cairota, el Tigris bagdadí). Las afinidades, si se quiere casuales en algún caso, invitan no obstante a una comparación tanto más significativa por cuanto que el desenlace de unas y otras movilizaciones arroja, asimismo, resultados muy diferentes. Espoleados por los éxitos cosechados por los pueblos tunecino y egipcio, y por las esperanzas ya abiertas en otros países como Yemen o Libia, los habitantes de Mosul, en el norte de Iraq, comenzaron a manifestarse en demanda de mejores condiciones de vida pocos días después de la caída de Mubarak, a mediados de febrero de 2011. De hecho, Al-Jazeera ya daba cuenta de protestas “modestas” en Iraq desde el día 9 de febrero⁸. Siguiendo la lógica de impregnación que

⁸ Véase <http://youtu.be/VHu6C540nnU>. Egypt inspires Iraq protests. Al-Jazeera English, 9 de febrero de 2011, (Data consulta, 01/2012) Vid. también <http://youtu.be/PtDM80Ojq1o>. Protests From Baghdad, Iraq. *Iraqistreets*. 11

parece haber operado en los casos anteriores, las manifestaciones de Mosul dieron paso a lo largo del mes de febrero a un conjunto diverso de concentraciones en las principales ciudades del país, de tal manera que las protestas alcanzaron un punto crítico el 25 de febrero, cuando decenas de miles de iraquíes salieron a la calle en una docena de ciudades del país, y en particular en Bagdad, en reivindicación de su propio “Día de la Rabia”.

En apariencia, la morfología de las protestas guardaba semejanzas obvias con sus homólogas egipcias. Aunque Bagdad, como El Cairo, constituyó el núcleo de las movilizaciones, éstas se extendieron por toda la geografía iraquí, desde Mosul y Kirkuz hasta Basora o al-Falluja, donde los enfrentamientos fueron especialmente graves. Los manifestantes reclamaban trabajo, electricidad, agua, mejores servicios en general, pero también, y muy especialmente, el fin de una forma corrupta de hacer política asociada al régimen electo de Nouri al-Maliki, y por extensión del apoyo que la administración norteamericana prestaba a un gobierno presentado como ejemplo para la democratización progresiva de la región. El descontento popular con los altos cargos provinciales provocó, en este sentido, y según los medios que cubrieron los acontecimientos, el ataque a diversos edificios públicos, la puesta en libertad de prisioneros, la exigencia de dimisiones inmediatas⁹. En Bagdad, la policía empleó cañones de agua y bombas de humo para dispersar a los manifestantes mientras los helicópteros militares sobrevolaban Tahrir Square, con fines claramente intimidatorios. En una trágica analogía, las protestas iraquíes también tuvieron sus mártires: sólo en la jornada del 25 de febrero, los medios contabilizaron un total de 23 víctimas de la represión policial¹⁰.

Nuevamente, Tahrir se convirtió en el teatro privilegiado para escenificar la contestación popular al régimen. En las semanas y meses siguientes, una serie tenaz de protestas, cuyo rastro parece perderse a finales de julio de 2011, protagonizó los convulsos viernes de la capital iraquí. La representación oficial de las movilizaciones también adoptó el tono acostumbrado: la embajada de los Estados Unidos en Bagdad trató de restar importancia a los acontecimientos aunque se declaró enérgicamente respetuosa con las demandas del pueblo iraquí. Por su parte, el gobierno de al-Maliki azuzó los consabidos fantasmas de la conspiración extranjera y la amenaza terrorista para conjurar la indignación con un gobierno que parecía incapaz de solucionar ninguno de los problemas elementales que atravesaba el país. El clásico recurso a la demonización de los manifestantes tuvo su irónica culminación a principios de junio de 2011, cuando la activista Hanaa Edwar irrumpió en la Conferencia Ministerial sobre Derechos Humanos que tenía lugar en Bagdad para protestar por la detención de cuatro compañeros en el momento en que el enviado especial de la ONU para Iraq, Ed Melkert, pronunciaba un bucólico discurso sobre el alto nivel de respeto a los derechos humanos que caracterizaba al Iraq “democrático”¹¹.

Aunque las imágenes localizadas de esa insurrección popular muestran una determinación parecida a las emitidas desde El Cairo, Sanaa o Bengasi, ciertos signos permiten reconocer un paisaje específico: la destrucción de las calles, devastadas por los estragos de una ocupación militar que ha encarnado a la perfección ese nuevo Destino

Febrero de 2011 (consultado en 01/2012), y en particular http://youtu.be/u-8_pm6JuIM. *Iraqistreets*. 24 de febrero de 2011 (consultado en 01/2012).

⁹ <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2011/02/25/AR2011022502781.html>, (consultado en 01/2012).

¹⁰ Ibid.

¹¹ Vid. <http://www.zerocracy.blogspot.com.es/2011/06/human-rights-scandal-in-iraq.html> (consultado en 01/2012).

Manifiesto de los Estados Unidos, empeñado en exportar la democracia *manu militari*¹²; la vigilancia expectante, en segundo plano, de policías ataviados con trajes futuristas, dotados de mirillas de rayos x para neutralizar a aquellos civiles que portasen explosivos ocultos bajo las ropas; la presencia de numerosos carros blindados... Sostener una sublevación civil contra un gobierno impuesto para bien o para mal por las fuerzas de ocupación, en un país asolado por la guerra que esa misma ocupación ha suscitado, cuenta con un plus de heroísmo, pero también, con toda probabilidad, de desesperación¹³.

Ahora bien, lo que resulta más significativo de la situación experimentada por Iraq desde febrero de 2011 es, precisamente, la invisibilidad internacional otorgada a su particular “revolución”, el silencio de los grandes medios en torno a un conjunto de reivindicaciones populares que han puesto en crisis el costoso artificio de la “democracia” iraquí alcanzada en las elecciones “libres” de marzo de 2010. Si el Día de la Rabia y las jornadas precedentes concitaron un cierto interés por parte de los medios y agencias internacionales, tales como Reuters o Al-Jazeera, deseosos de encontrar principios de emulación por doquier que demostrasen la teoría de una revolución regional en esa súbita toma de palabra de la “calle árabe”, el hecho de que las movilizaciones iraquíes se produjesen en el contexto político democrático posterior a la ocupación militar introducía una variable perturbadora para los observadores que decidieron que la Primavera árabe constituía antes que nada una reivindicación global de los principios de la democracia liberal. Como quiera que resultaba incómoda y paradójica esa eventual exigencia de democracia en un país cuyo proceso democrático había sido monitorizado por las potencias ocupantes, todas ellas democráticas, los grandes medios abandonaron rápidamente la épica revolucionaria en sus crónicas iraquíes para retomar los eslóganes comunes de la violencia sectaria y primitiva. Para quien quisiera seguir el curso de los acontecimientos en Bagdad y otras ciudades del país, el recurso a las noticias aportadas por las grandes cadenas informativas se agotó de manera abrupta, y con pocas excepciones, a principios de marzo de 2011. A partir de ese momento, sólo algunos blogs locales, resistiendo en ocasiones la represión gubernamental vertida contra sus propios gestores, lograron informar periódicamente de las protestas, las detenciones y las nuevas alianzas tejidas entre comunidades a causa de la común indignación ante una situación insostenible¹⁴. La frustración experimentada ante el desasimiento de las grandes *majors* de la información internacional ha provocado, de hecho, ácidas críticas entre algunos de esos blogueros, convencidos de que la crítica a la corrupción del gobierno de al-Maliki no puede abstraerse de la situación de protectorado que experimenta el país¹⁵.

Chomsky recordaba, en *Piratas y emperadores*, que el control del pensamiento es una de las industrias más prósperas en las sociedades libres, donde la capacidad de decisión de las élites precisa de la anuencia activa o pasiva de sus opiniones públicas (Chomsky 2004). Ya que, en el terreno que nos ocupa, no hay un guión prescrito que señale las etapas que debe superar una movilización popular para convertirse en

¹² Véase, al respecto, el Defense Policy Guidance, auspiciado por Paul Wolfowitz, documento en el que reflejaba la convicción de que los Estados Unidos eran el único estado capaz de ejercer como superpotencia única, y que esa responsabilidad precisaba “bloquear activamente el surgimiento de cualquier posible desafío” (Carapico & Toensing 2006: 9).

¹³ A modo de simple indicador de la devastación provocada por las sucesivas guerras en que se ha visto envuelta la población iraquí, la renta per cápita del país en 1980 era de 4.000 \$, mientras que a finales de 2003, esa cifra se había reducido hasta los 600 \$ (Parker & Moore 2007: 7).

¹⁴ Entre ellos, cabe destacar los blogs “Iraqi Streets 4 change” (iq4c.wordpress.com) o “US zerocracy in Iraq” (<http://www.zerocracy.blogspot.com>) (consultado en 01/2012).

¹⁵ Véase. <http://www.zerocracy.blogspot.com.es/2011/04/protests-rock-iraq-why-intentional.html> (consultado en 01/2012).

revolución, como tampoco hay una línea clara que distinga la pulsión revolucionaria del resto de energías que convocan los ciclos de protesta, debemos convenir que las representaciones que los políticos y expertos promueven a través de los medios informativos resultan, a la postre, decisivos para la acogida que tales procesos reciben entre las audiencias internacionales. No queremos con ello decir que el porvenir de tales procesos políticos dependa en lo esencial de la representación que prospere de ellos; la calle tiene sus propias reglas, en ocasiones extremadamente sutiles, y las experiencias acumuladas por los colectivos a lo largo de años de contestación social prenden a veces de una manera que nos resulta impredecible o sencillamente inexplicable. Sin embargo, esas representaciones influyen en mayor medida sobre quienes, alejados prudentemente del campo de batalla, ajenos al aprendizaje que proporciona esa particular gimnasia revolucionaria, asistimos expectantes al espectáculo de la información que se nos brinda, con el fin de que coreemos las decisiones que nuestros gobiernos toman sobre el teatro de las operaciones. En esas condiciones, casi parece imposible escapar al círculo vicioso del orientalismo, pues nuestra representación del otro se convierte finalmente en el espejo sobre el que justificar las maniobras de nuestros gobiernos.

Los medios de información, viejos y nuevos, no son un arma para la liberación de los pueblos, ni tampoco un obstáculo seguro para su emancipación. Tal vez las sublevaciones que afectan al mundo árabe y musulmán hayan coincidido con las luchas que se libran por el control de los nuevos canales que posibilita la tecnología, y de ese modo algunos grupos hayan aprovechado las circunstancias ofrecidas por esa grieta abierta, quién sabe por cuánto tiempo. Creemos que la voluntad de instrumentalizarlos convivirá en el futuro, como lo ha hecho en el pasado, con la necesidad de encontrar nuevas vías para conseguir su subversión. Lo que hemos querido expresar al contrastar las luces que enfocan sobre El Cairo con las sombras cernidas sobre Bagdad es, precisamente, la profunda ambigüedad de esas imágenes, el reto intelectual que al fin y al cabo nos plantea siempre el análisis de la acción social, las dudas que nos asaltan cuando tratamos de comprender, simplemente, lo que pasa. Este proyecto, que se basa en un webdocumental elaborado y presentado en el marco del festival OVNI (Observatorio de Video no Identificado), celebrado en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona del presente año 2012, y titulado, de igual modo, “Dos Tahrir: luces en El Cairo, sombras en Bagdad”, se alimenta paradójicamente de aquello que aquí nos preocupa: de la ilusión tramposa de las imágenes, de las voluntades que traicionan y de las esperanzas que alientan¹⁶.

Bibliografía

AL-MAHDI, R. (2011) “Orientalising the Egyptian uprising”, *Jadaliyya*, 11 de abril de 2011. Disponible a: <http://www.jadaliyya.com/pages/index/1214/orientalising-the-egyptian-uprising>, (consultado 01/2012).

ALTERMAN, J. B. (2011) “The Revolution will not be tweeted”, *The Washington Quarterly*, vol. 34 (4), pp. 103-116.

BAYAT, A. (2003) “The «street» and the politics of dissent in the Arab World”, *Middle East Report*, nº 226, pp. 10-17.

BAYAT, A. (2009) *Life as politics. How ordinary people change the Middle East*. Stanford: Stanford University Press.

¹⁶ Documento disponible en <http://www.ovq.cat/?projectes=dos-tahrir>.

- BAYAT, A. (2011) "Paradoxes of Arab Revo-lutions", *Jadaliyya*, 3 de marzo de 2011. Disponible a: <http://www.jadaliyya.com/pages/index/786/paradoxes-of-arab-refo-lutions>, (consultado en 01/2012).
- BENNANI-CHRAÏBI, M.; FILLIEULE, O. (2004) "«Exit», «voice», «loyalty» y muchas cosas más...", in M. Bennani-chraïbi; O. Fillieule (eds.), *Resistencia y protesta en las sociedades musulmanas*, Barcelona: Bellaterra, pp. 41-126.
- BOZZO, A. ; LUIZARD, P.-J. (2011) "Introduction", in A. Bozzo ; P.-J. Luizard (dir.), *Les sociétés civiles dans le monde musulman*, París: La Découverte , pp. 9-30.
- CALFANO, B. R. & SAHLIYEH, E. (2008) "Transmitting reform? Assessing New Media influence on political rights in the Middle East", en *Middle East Critique*, vol. 17 (1), pp. 63-77.
- CARAPICO, S.; TOENSING, C. (2006) "The strategic logic of Iraq blunder", *Middle East Report*, nº 239, pp. 6-11.
- CASTELL, M. (2002) *La sociedad red*, México: Siglo XXI.
- CHOMSKY, N. (2004) *Piratas y emperadores*, Madrid: Ediciones B.
- CHRISTENSEN, C. (2011) "Discourses of technology and liberation: state aid to net activists in an Era of «Twitter Revolutions»", *The Communication Review*, vol. 14 (3), pp. 233-253.
- COLLA, E. (2012) "The people want", *Middle East Research and Information Project*, publicado *Middle East Report*, nº 263. Disponible a: <http://www.merip.org/mer/mer263/people-want> (consultado en 01/2012).
- GABRIELLA COLEMAN E. (2010) "Ethnographic approaches to digital media", *Annual Review of Anthropology*, vol. 39, pp. 487-505.
- GARTON ASH, T. (2011) "¿Estamos ante el 1989 de los árabes?", *El País*, 18 de febrero de 2011. Disponible a: <http://elpais.com/diario/2011/02/07/opinion/1297033214850215.html> (consultado en 01/2012).
- GIROUX, H. A. (2009) "The Iranian Uprisings and the challenge of the new media: rethinking the politics of representation", in *Fast capitalism*, 5.2 http://www.uta.edu/huma/agger/fastcapitalism/5_2/Giroux5_2.html (consultado el 29/6/2011).
- GLUCKSMANN, A. (2011) "El fin de la fatalidad", *El País*, 18 de febrero de 2011. Disponible a: http://elpais.com/diario/2011/02/08/opinion/1297119604_850215.html (consultado en 01/2012).
- INTERNATIONAL CRISIS GROUP (2011) *Popular protest in North Africa and the Middle East (I): Egypt victorious?*, Report nº 101, 24 de febrero de 2011. Disponible a: <http://www.crisisgroup.org/en/regions/middle-east-north-africa/egypt-syria-lebanon/egypt/101-popular-protest-in-north-africa-and-the-middle-east-i-egypt-victorious.aspx> (consultado en 01/2012).
- KHADRA, Y. (2011) "No son revoluciones", *El País*, 23 de febrero de 2011. Disponible a: http://elpais.com/diario/2011/02/04/opinion/1296774012_850215.html (consultado en 01/2012).
- LANGMAN, L. (2005) "From virtual public spheres to global justice: a critical theory of internetworked social movements", *Sociological theory*, vol. 23 (1), pp. 42-74.
- LE SAOUT, D. ; ROLLINDE, M. (dir.) (1999) *Émeutes et mouvements sociaux au Maghreb*, París: Karthala.

LYNCH, M. (2011) « After Egypt : the limits and promise of online challenges to the authoritarian Arab state », *Perspectives on Politics*, vol. 9 (2), pp. 301-310.

MITCHELL, W.J.T. (2011) *Cloning terror. The war of images, 9/11 to the present*, Chicago: Chicago University Press.

MOROZOV, E. (2011) *The net delusion. The dark side of internet freedom*, Nueva York: Penguin Books.

PARKER, C.; MOORE, P. W. (2007) “The war economy of Iraq” *Middle East Report*, nº 243, pp. 6-15.

TARROW, S. (2004) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza.